

La economía mexicana al cierre de 1998 e inicios de 1999

ROGELIO RÁMIREZ DE LA O

Introducción

La economía de México llega al fin del año 1998 con crecimiento económico sano por tercer año consecutivo. En efecto, el crecimiento del PIB de 5.5% anual en promedio durante 1996-1998 supera al crecimiento de la población para arrojar un crecimiento del ingreso por habitante de 3.6% anualmente. Al mismo tiempo, enfrenta rezagos y problemas viejos y nuevos, en medio de un clima internacional difícil. Antes de evaluar estos problemas y las dificultades concretas del próximo año, es conveniente hacer una reflexión sobre el entorno del crecimiento económico hasta ahora logrado.

Cuál es el récord de 1998

El crecimiento después de la caída de 1995 con la cual se inauguró la administración del presidente Zedillo es un logro importante, sobre todo a la luz del pobre desempeño que tuvo México desde 1982. El cuadro 1 sirve para recordar que en el sexenio de Miguel de la Madrid el PIB sólo creció en 1.1% anual, resultando en una caída del ingreso por habitante de -1.1% anual. En el sexenio de Carlos Salinas el PIB creció solamente 3.9% anualmente, a pesar de las fuertes entradas de capital extranjero ante las reformas económicas y las esperanzas de una gran modernización. Nótese en el cuadro, cómo el empleo manufacturero cayó en -1.2% anual, al faltar las señales claras de largo plazo para estimular la actividad industrial. Es decir, aunque no es el objeto de este ensayo evaluar el sexenio 1989-1994, es claro que su crecimiento se basó en los servicios, la banca, las privatizaciones y actividades especulativas, por lo cual la balanza comercial mantuvo saldos deficitarios muy altos.

Cuadro 1. Crecimiento comparado 1983-1996

Cuadro 1. Crecimiento comparado 1983-1996				
	1983-1988	1989-1994	1995	1996-1998
PIB (crec. anual %)	1.1	3.9	-6.2	5.5
PIB por habitante (crec. anual %)	-1.1	1.9	-8.1	3.6
PIB manufacturas (crec. anual %)	2.3	3.5	-4.8	9.2
PIB servicios (crec. anual %)	0.9	4.2	-6.4	4.9
Empleo manufacturero (crec. anual %)	0.9	-1.2	-8.9	4.1
Balanza comercial (MM dls. prom. anual)	7.0	-12.2	7.1	0.04
Exportaciones manufactureras (MM dls. prom. anual)	7.3	33.3	66.6	95.0
Inversión extranjera directa (MM dls. prom. anual)	2.3	4.6	9.5	10.6
Inversión extranjera de portafolio (MM dls. prom. anual)	-0.7	11.9	-9.7	7.0
Tipo de cambio real del peso dls./ps (1970=1.0)	0.58	0.98	0.65	0.88
Tipo de cambio efectivo real de dls. EUA (1970=1.0)	1.11	0.84	0.78	0.83

Fuente: INEGI y Departamento de Comercio de EUA.

Tampoco es el análisis de las condiciones del nuevo crecimiento un intento por establecer la superioridad técnica de esta administración sobre la anterior, pero sería un error no identificar los contrastes y los nuevos rumbos que éstos marcan. Por tanto, quienes argumentan que el desempeño económico de 1996 a la fecha desmerece por la caída de 1995 (-6.2%), no logran ver la diferente calidad del mismo, sobre la cual se finca la esperanza de un mejor desempeño en el futuro.

La caída de 1995 ya fue superada en el aspecto más importante, es decir, encontrar el motor del crecimiento duradero que se combinara con cuentas externas sostenibles. Este crecimiento evadió permanentemente a la administración Salinas, concentrada en símbolos de estabilidad financiera que atrayeran a inversionistas extranjeros de portafolio. Pero esa inversión de portafolio no fue el sostén de la economía ni entonces ni ahora. Después de que el tipo de cambio fue forzado al ajuste por el mercado, el nuevo crecimiento se basa sobre todo en la industria manufacturera. Por lo mismo, la inversión dirigida a las manufacturas tuvo que ser extranjera en su mayor parte, ya que los empresarios nacionales en su mayoría sólo pudieron paliar sus deudas y crisis de credibilidad originadas en proyectos de inversión que implicaban un nivel de consumo y de importaciones insostenible. El nuevo crecimiento hoy se basa más en inversión extranjera directa y mucho menos en endeudamiento externo ya sea del sector público o del privado. Desde luego, estas nuevas condiciones aún no se consolidan y por ello requieren de una política económica acorde con nuevas necesidades y actores más exigentes. Pero un buen comienzo sería identificar este nuevo crecimiento.

El desempeño manufacturero de los últimos tres años ofrece muy buenos resultados, tanto por la producción, el empleo y las exportaciones. Obsérvese que el saldo comercial con el exterior es mucho más adecuado a las circunstancias de un país que difícilmente puede endeudarse más con el exterior. Si se compara el crecimiento de las manufacturas y de los servicios con el del PIB, encontramos también una diferencia importante: México produce más cosas materiales; por lo tanto su necesidad de endeudarse es menor. En

contraste con el pasado, el crecimiento no se finca en un tipo de cambio sobrevaluado y en excesivo crédito bancario.

Aun en 1998, cuando el gobierno ha reducido el gasto público, el crecimiento del empleo manufacturero creció 3.6% anual en septiembre. El dinamismo de las manufacturas crea empleos y difunde el crecimiento hacia el resto de la economía, pues refleja mayor productividad, la formación de habilidades de operarios y el comercio de bienes. Este empleo ha servido para compensar el cierre de muchas otras fuentes de trabajo en los servicios, en donde los trabajos no eran sostenibles de todas maneras.

La apertura de la economía

El cuadro 2 muestra cómo el déficit comercial de 1994, del -4.3% del PIB, fue eliminado para convertirse en el mediano plazo en un déficit mucho más moderado y sostenible. La cifra proyectada para 1998 es de un déficit de 6,500 millones de dólares, aun después del impacto por la caída de precios del petróleo, el cual redujo los ingresos de exportación en 3 mil millones de dólares aproximadamente. En contraste con la costumbre de décadas pasadas, eliminar este déficit no requirió de la reducción permanente de la importación: el mismo resultado se logró con el aumento de la exportación. Esto obedeció ante todo a la gran absorción que hizo la economía de los Estados Unidos de nuestras exportaciones, absorción que no hicieron en ningún grado semejante otras regiones del mundo. Puede verse en el mismo cuadro que las cantidades de exportaciones mexicanas a Europa, Asia o América Latina son de muy poca relevancia frente a nuestras exportaciones a los Estados Unidos.

Cuadro 2. México: balanza comercial por región y exportaciones 1994-1997

	Dls MM				Cambio acumulado % 94-97
	1994	1995	1996	1997	
Total	-18.4	7.1	6.5	0.6	+19.0
Norteamérica (t/can)	-3.2	13.0	13.4	12.5	+15.7
EUA	-3.1	12.4	13.0	12.3	+15.4
(Exportaciones de Méx.)	(51.9)	(66.5)	(80.7)	(94.4)	(81.9)
Resto del mundo	-15.2	-5.9	-6.9	-11.9	+3.3
Europa	-6.8	-3.2	-4.3	-6.3	+0.5
(Exportaciones de Méx.)	(2.7)	(3.3)	(3.5)	(3.9)	(1.2)
Asia	-8.1	-5.7	-6.3	-9.1	-1.0
(Exportaciones de Méx.)	(1.4)	(1.8)	(2.4)	(2.2)	(0.8)
ALADI	-1.0	1.1	1.5	1.5	ns
(Exportaciones de Méx.)	(1.6)	(2.8)	(3.4)	(3.7)	(2.1)

Fuente: Banco de México.

México ha encontrado así, un tanto accidentalmente, un nicho de comercio exterior ligado a una nueva estructura económica en relación cada vez más intensa con Norteamérica, especialmente Estados Unidos. Este es un cambio con impactos de largo

plazo, pues nos ubica como uno de pocos productores que proveen de bienes no tanto al mercado norteamericano como al proceso industrial mismo de los Estados Unidos. Las plantas mexicanas en esta situación son parte de la producción norteamericana.

Nuevos y viejos problemas

Indudablemente el cambio señalado no es ninguna panacea. México es más dependiente de la actividad industrial y de la demanda de los Estados Unidos y se ve, por lo tanto, amenazado por cualquier fluctuación en ese país. Sin embargo, tampoco deben exagerarse las desventajas de tal dependencia, ya que de algo más hubiera dependido en cualquier situación alternativa. Por su parte, la economía norteamericana ha pasado en los años recientes por un gran saneamiento. No sólo se eliminó su alto déficit fiscal; principalmente reconquistó posiciones perdidas a Asia y Europa en varias industrias (como por ejemplo la automotriz) y ganó gran delantera en industrias de punta, como biotecnología e informática. Vivió también un proceso de consolidación y modernización de su sistema financiero, el cual lo pone adelante de Japón y a la par con los sistemas europeos más saneados. La intensa relación comercial y de inversión con Estados Unidos es en mucho preferible a una relación igualmente intensa con economías menos eficientes y la dependencia de la demanda interna (una especie de autosuficiencia) es un sueño que no por lo bonito es realista.

Pero estos avances en la producción y en el comercio exterior no nulifican la percepción que tenemos de que el país sigue agobiado por el peso de problemas económicos muy serios. En el campo de la macroeconomía, debemos considerar las implicaciones de un sistema bancario quebrado en lo económico y en lo moral, incapaz de apoyar el potencial de desarrollo. Por el lado de la economía familiar, el salario real no ha crecido en ningún grado significativo desde su fuerte caída de -21% en 1995-1996 y las familias siguen golpeadas por deudas y falta de oportunidades para sus hijos. La clase media ha seguido empobreciéndose desde 1995.

La política macroeconómica parece estar limitada como lo estuvo en 1995; en aquel año porque había que reducir el déficit fiscal; en el presente, porque el déficit no puede aumentar sin poner en peligro la credibilidad de las autoridades; por lo tanto no hay alivio para el sacrificio social. El aumento del IVA en 1995 parecía temporal por lo menos por el tono de emergencia con el que el gobierno solicitó su aprobación al Congreso. Sin embargo, en 1999 deberá acompañarse de un aumento adicional en su tasa o extendiéndolo a artículos hasta ahora no gravados, o bien sustituyéndolo por incremento de precios públicos. Es decir, el gobierno no ha recibido el crédito en margen adicional de maniobra por el mejoramiento en la estructura productiva.

El Banco de México sigue manteniendo tasas de interés altas con el fin de dar consistencia a su política antiinflacionaria y de impedir una depreciación excesiva del peso. Todo esto suena muy familiar y parte de los mismos problemas, indicativo de que aun y con todo el cambio en el sector manufacturero y en la balanza externa, no podemos superar las cuestiones más fundamentales: asegurar la estabilidad y dar certidumbre a la población en general y a las empresas en lo particular.

Esto obedece a que el gobierno, en primer lugar, no ofreció el ajuste cambiario de 1995 como algo necesario y bueno en el mediano plazo; por lo tanto no pudo capitalizar el beneficio observado en las cuentas externas y en el empleo manufacturero. Tampoco

aprovechó la oportunidad de la crisis bancaria para realizar una transformación a fondo del sistema bancario que llegara hasta los consejos de administración y sentara un gran precedente moral, abriendo el sector financiero a nuevos inversionistas y capitalizando a las instituciones. El sacrificio social no tuvo por esa razón un premio en el mayor margen de maniobra ni en el mejoramiento de los salarios y del bienestar. La lección es que toda crisis trae dolor y también oportunidad; el dolor es inevitable, pero si se deja pasar el momento de la crisis sin hacer cambios trascendentes, se esfuma la oportunidad de crear efectos positivos de largo plazo. Por esa razón la población no dispensa al gobierno el crédito por el manejo de la economía, a pesar de sus esfuerzos por cumplir con acreedores externos y de apoyar a toda costa a los bancos.

El cierre de 1998 y 1999

Es entonces irónico, pero explicable, que en los dos últimos trimestres de 1998 el clima económico para México se haya recrudecido como si los mismos problemas que siempre nos han aquejado volvieran a visitarnos, tanto en el sector externo como en el interno. Además, en lo externo hay muchos problemas nuevos. La crisis de Asia causará pérdida de dinamismo en nuestras exportaciones por lo menos por dos años más. En septiembre únicamente crecieron en 3% anual y las de manufacturas en 7.5 por ciento. El motor de recuperación post-1995 al que hicimos referencia parece haberse agotado. Por una parte, habrá una desaceleración en los Estados Unidos, así como también aumentan los riesgos que perciben los mercados financieros. Como algunos de estos riesgos se han materializado, en Rusia, por ejemplo, causan pérdidas de riqueza, lo cual repercute negativamente en sus inversiones y en el crédito internacional. Aparte del impacto en la demanda norteamericana y en las exportaciones mexicanas, esto tiene impactos sobre la confianza de ahorradores e inversionistas.

Hay una ventana de esperanza en el hecho de que los países industrializados y Estados Unidos en particular acuerden apoyar bajas adicionales del interés, lo cual apoyaría a los mercados financieros y a los países emergentes.

Es improbable, sin embargo, que este alivio tenga validez más allá de un plazo corto, pues la realidad fundamental en la economía mundial sigue siendo la misma. Brasil enfrenta una recesión; China y Hong Kong enfrentan presiones de devaluación cambiaria; y Estados Unidos enfrenta una desaceleración económica con corrección en su bolsa de valores.

En lo interno, la rigidez presupuestal llegará a un clímax este cierre de año. Aunque las autoridades insisten en que el déficit presupuestal será en 1998 como fue planeado, de -1.25% del PIB, es improbable que los recortes del gasto efectuados desde principios de año hayan compensado plenamente la reducción de ingresos públicos por petróleo. Pero aun en ese remoto caso, tendríamos un impacto sobre el presupuesto por el aumento de tasas de interés muy por encima de lo que se previó con un impacto sobre el costo de la deuda interna. El costo de la deuda externa también va a ser mayor a lo presupuestado por la depreciación del peso a una tasa más débil de la que suponía la autoridad.

El mismo presupuesto está dejando de ser creíble al insistir la autoridad en lo inamovible de la cifra de déficit cuando está a los ojos de todos el deterioro de las bases fundamentales de ingresos y gastos públicos. La cifra referida de déficit no incluye, por otra parte, sino una mínima parte de los costos efectivos del Fobaproa y no está claro que el acuerdo inminente entre el gobierno y el Congreso vaya a obligarlo a incluirla. Si así fuera,

el déficit fiscal aumentaría cuando menos en 2 puntos porcentuales del PIB al tener que contabilizarse el interés de las obligaciones incurridas por el Fobaproa a tasas de mercado.

La inflación, que había mostrado una constante tendencia a la baja desde 1995, se estancó a mediados de año y ahora repunta. Probablemente exceda la inflación de 1997 de 15.7%, situándose en 17% o más, dependiendo de cuánto aumenten los precios públicos antes del fin de año. Este será un revés muy serio, ya que nos aleja del escenario pintado por el gobierno apenas hace un año: tasas de interés a la baja y peso relativamente más estable.

Por su parte, la actividad económica siguió sorprendentemente fuerte hasta agosto, cuando la producción industrial aumentó anualmente en 7.0%, en tanto que el empleo manufacturero lo hizo en 3.6%, como ya comentamos. Sin embargo, ésta se ha mantenido este año, más que en los tres anteriores, por el dinamismo de la demanda interna; por ello es que las ventas al menudeo crecieron 10.8% anual en septiembre, otro indicador de fortaleza. Esta fortaleza, sin embargo, se verá agotada al entrar 1999, más aún si hay incrementos de impuestos.

El cierre de este año será así una combinación de actividad económica que se mantiene relativamente fuerte, con excepciones en ciertos sectores, e indicadores fiscales y de inflación en deterioro. El gobierno va a mantener la actitud de incrementar impuestos a la primera oportunidad que tenga y elevará los precios públicos significativamente. Esto eventualmente debilitaría la demanda interna; ante una demanda externa también debilitada, la actividad productiva y el empleo entrarían en declive durante el primer trimestre de 1999. En esta acción el gobierno estaría tratando de proteger a la economía de cualquier deterioro adicional con vistas al año 2000. Esto es relevante, dado lo proclive de la economía mexicana a entrar en periodos de deterioro en el último año de la administración, provocando así la crisis de comienzos de la siguiente.

Perspectiva 1999-2000

Si la situación mundial no empeora en 1999 y Estados Unidos evita una crisis de liquidez con tasas de interés a la baja, es probable que el mundo industrializado y los países emergentes entren en proceso de recuperación en 2000. México podría entrar en dicha recuperación probablemente desde el segundo semestre de 1999, con alta probabilidad de que el crecimiento en el 2000 tenga todavía mucha durabilidad. Este es esencialmente un escenario de mejora sustancial con respecto a la situación que en este momento percibimos. Representa un potencial positivo, pero dependerá de factores externos fuera de nuestro control.

El aparato de la política económica

El gobierno ha mantenido un aparato de política económica muy limitado, al haber tenido desde su inicio en 1995 objetivos también muy limitados. Estos objetivos se han centrado en la obtención de un saldo fiscal en equilibrio y sólo hasta 1997 en un pequeño déficit. Lo anterior resultó en un buen cumplimiento, pero no logró despertar los ánimos de emprender de los mexicanos. La inversión extranjera directa ha fluido en cantidades sin precedente, pero sigue estando muy por debajo del potencial de México, para una economía tan ligada con Norteamérica.

Una excepción sin duda ha sido el tipo de cambio flotante, el cual nunca había sido

realmente flotante como lo fue en 1998. Los beneficios están a la vista. Por una parte, el Banco de México no hubiera estado en ninguna posición, después de 1994, de inducir o mantener un tipo de cambio nominal diferente al que el mercado hubiera impuesto, excepto bajo el riesgo de perder sus reservas y aun así sufrir una devaluación. Por otra parte, el tipo flotante ha ayudado a la economía a adaptarse a los choques externos y a su alta inflación doméstica, una buena parte de la cual obedece a factores distintos a la depreciación del peso. Por ejemplo, en el periodo 1989-1998 (hasta septiembre), los precios del servicio telefónico crecieron en 734% cuando el índice general de precios al consumidor creció en sólo 502%, a pesar de la privatización de Telmex y de la baja en las tarifas de larga distancia por la competencia de nuevos operarios. Esto es una pequeña muestra de cómo el poder monopólico genera presiones inflacionarias.

El tipo de cambio flotante ha protegido implícitamente al programa económico del gobierno, al no exponer a la autoridad a otra pérdida más de confianza. Las críticas de los varios sectores a la inestabilidad cambiaria son contra la sorpresa de una devaluación abrupta, en una moneda que oficialmente estaba en flotación. A fin de cuentas descubrimos que no flotaba libremente, para sufrir de inmediato fuertes y abruptas devaluaciones. Esto ha ocurrido porque la autoridad ha ignorado entre otros, los indicadores de las cuentas externas y ha querido crear una sensación de bienestar y mejoría de la economía que no corresponden a la realidad. En 1994, en particular, quiso mantener un tipo de cambio artificialmente fuerte y al mismo tiempo proteger a los bancos de un alza abrupta en las tasas de interés, con lo cual minó precisamente las bases del tipo de cambio. En otras palabras, el descontento con el tipo de cambio es por sus abruptas devaluaciones cuando se han creado expectativas falsas de fortaleza, y no contra su ajuste basado en factores fundamentales.

México no ha concluido su ajuste macroeconómico y el tipo de cambio es parte integral de este ajuste. Más aún, en un periodo como el actual, de volatilidad internacional, es lógico que el peso se deprecie; sin embargo, sabemos que al recuperarse la estabilidad tiende naturalmente a apreciarse bajo la influencia de influjos de capital de corto plazo. En tales condiciones es realista mantener el régimen de flotación, ya que la inflación mexicana es sustancialmente mayor a la de Estados Unidos. En el largo plazo un tipo de cambio fijo bajo cualquier régimen monetario es deseable, pero en el mediano plazo, de 3 a 5 años, es difícil imaginar un régimen diferente que resulte simultáneamente en estabilidad con crecimiento sostenible. Esto es así porque si la paridad se fija cuando la industria continúa sufriendo ajustes de costos y precios relativos, la actividad exportadora muy probablemente resultaría dañada, incluso aún más que en el pasado. Hoy México depende mucho más de actividad manufacturera de carácter global, es decir, sensible a condiciones de competencia internacional. Todos los países de Asia, desde Tailandia hasta Corea que hasta hace poco evocaban un gran poderío industrial, bien pueden atestiguar esta realidad.

Así, México debe aún experimentar aumentos importantes de costos y por lo tanto cambios de precios relativos, que sólo un tipo flotante puede acomodar con facilidad. Dos ejemplos bastan. Uno es el costo de la mano de obra, mismo que debería aumentar en relación con los costos en Estados Unidos, tanto por su bajo nivel actualmente (un décimo del salario norteamericano), como por los aumentos de productividad esperados en México y la escasez de mano de obra calificada. Dicho aumento de costos laborales, al elevarse el salario en México, no podría tener lugar en un régimen de un tipo de cambio fijo sin afectar las utilidades de las empresas y causar daños en la asignación de recursos y en las señales que se dan a la inversión de largo plazo. Quienes piensan en este tema deben preguntarse

por qué otra razón el tipo de cambio real efectivo de los Estados Unidos –la economía más exportadora del mundo–, como se muestra en el cuadro 1, se habrá devaluado en 37.6% entre 1984 y 1998. Otro ejemplo son los costos de cumplimiento con normas ambientales cada vez más rigurosas. En el largo plazo un tipo de cambio fijo frente al dólar es factible, pero no es esencial, como lo demuestra la experiencia canadiense. Ante todo, la eficacia de un tipo de cambio debe juzgarse por el crecimiento económico que hace posible; frente a los intentos de fijarlo en el pasado, el régimen de flotación acredita muchos mejores resultados, como el mismo cuadro 1 lo demuestra. Compárese el resultado de exportaciones y empleo manufacturero de 1989-1994 con el de 1996-1998 (ignorando el saldo que dieron en 1995) y recuérdese que en el primer periodo el gobierno siguió una política de fijación de la paridad, con enorme credibilidad.

Pero aparte del tipo de cambio flotante, la actual administración ha carecido de iniciativas y creatividad. No ha habido privatizaciones importantes. No ha habido una desregulación efectiva en varias industrias importantes, por ejemplo las telecomunicaciones, como lo demuestra la prolongada queja de operadores de larga distancia por los abusos en tarifas de interconexión de Telmex. Tampoco se aprovechó la crisis de los bancos para efectuar reformas, como ya se mencionó. Y no ha habido una reforma laboral ni medidas de desregulación en los mercados laborales que fomenten la creación de empleos y reduzcan los costos muertos de la contratación. La desregulación de gas y electricidad ha sido muy lenta y plagada de obstáculos en la práctica impuestos por los productores estatales quienes ven amenazados sus intereses creados.

No es realista esperar que el aparato de políticas públicas se fortalezca en 1999 si no lo hizo en los años de superación de la crisis. El año de 1999 puede ser en el mejor de los casos un año de recuperación del crecimiento perdido por la volatilidad mundial, pero de ninguna manera será un año de logros significativos. El gobierno llegará al próximo año con una estructura económica fortalecida, pero con poco crédito por lo que hizo bien, y sin credibilidad por lo que no hizo o no hizo bien.

El autor es presidente de ECANAL SA de CV.